

HOMENAJE A D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

José Sarria Cuevas
Académico Correspondiente

Casi 400 años después de su muerte, la luminaria del poeta cordobés, D. Luis de Góngora y Argote, sigue siendo faro ardiente, llama hialina de la inmortalidad, cuya luminosa mediterraneidad y serenidad califal acuna el deslumbramiento de la palabra poética, vivificadora e inmarcesible.

Escritor cumbre de la lengua española, su inaprensible vigencia ha sido estudiada y alabada por los más grandes intelectuales, eruditos y creadores (Dámaso Alonso, Emilio Orozco, Gerardo Diego, Rubén Darío, Rafael Alberti, Pablo García Baena, Antonio Cruz Casado o Manuel Gahete, entre muchos otros). Su obra instauro un nuevo lenguaje desde su fundante capacidad de erudición y virtualidad, concentrado en el goce contemplativo (estético) del mundo, de la existencia, que lo lleva a ser, quizás, el poeta «más moderno y germinativo de nuestro Parnaso, cuya influencia iluminadora gravita no solo sobre toda la poesía española, sino hispanoamericana» tal y como ha señalado, acertadamente, el profesor Carlos Clementson en su estudio «Ancho río en cláusulas de espumas. Presencia fecundante de Góngora en la literatura española del siglo XX».

Pero, no siempre las cosas fueron así. A pesar de los laureles que saboreó en vida, la obra y figura de Góngora experimentó, con posterioridad a su fallecimiento, la soledad de sus «Soledades». La secular preterición a que es relegado, tanto a lo largo de la Ilustración como del siglo XIX, compendio de silencios y abandonos, se metaforiza en el abúlico nicho donde reposaron sus restos en la Mezquita-Aljama, hasta el reciente traslado a su actual y más noble ubicación. Incomprendido y olvidado, desde Unamuno a Juan Ramón, pasando por Ortega y Gasset, serán los jóvenes poetas de la Generación del 27 los que rescatarán, del panteón del abandono, al autor que, con mayor intensidad, vino a renovar y transformar el lenguaje poético, cuya influencia perdura hasta nuestros días.

Por eso hoy, después de los caudalosos ríos de tinta que se han escrito y escribirán ensalzando las excelencias y sublimidades de nuestro autor, quería detenerme y reflexionar sobre aquel aspecto de la fugacidad, de lo pasajero, que también habita en el discurso de Góngora y que coincide con la ponderación que encontramos en el testamento del gran Abde-rrahman III cuando dice: «He reinado más de 50 años, en victoria o paz. Amado por mis súbditos, temido por mis enemigos y respetado por mis aliados. Riquezas y honores, poder y placeres, aguardaron mi llamada para acudir de inmediato. No existe terrena bendición que me haya sido esqui-va. En esta situación he anotado diligentemente los días de pura y auténtica felicidad que he disfrutado: suman catorce».

No olvidemos que, además de la citada relegación literaria que sufrió durante siglos, D. Luis de Góngora muere, prácticamente, arruinado, empobrecido, presa de una amnesia casi total, que deviene en apoplejía defini-tiva. Incluso, no llega a ver impreso casi nada de su ingente obra litera-ria, excepto algunas poesías menores en cancioneros populares.

Es por esto, que me parecía necesario detener la mirada en ese aspecto de la vida de Don Luis de Góngora y Argote, rindiendo una ofrenda con mis poemas, a la soledad, al destierro, al abandono que su obra padeció durante dilatados años y que nos invita a meditar, desde fragmentos de sus propios poemas, acerca del sentido efímero de la existencia, a no demorar la visión en el resplandor áureo de su obra, sino en lo ilusorio del tránsito vital, cuya reflexión nos llevaría, posiblemente, a afrontar la vida con otra perspectiva, con una renovada sentimentalidad, tal y como lo expresó con suma precisión el insigne Calderón de la Barca:

¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

EL RECUERDO

EN EL SEPULCRO DE LA DUQUESA DE LERMA

¡Ayer deidad humana, hoy poca tierra:
Aras ayer, hoy túmulo, oh mortales!
Plumas, aunque de águilas reales,
Plumas son; quien lo ignora, mucho yerra.

(LUIS DE GÓNGORA)

Los despojos que contemplas
no pertenecen al hombre
fecundo que un día fui,
ni estos muros derrotados,
ayer bóveda del cielo,
la herencia de mi esplendor.

Me muevo como la sombra
de los ángeles caídos
y mis carnes se consumen
contemplando los ocasos
melancólicos de Al Zahra,
meditando en la cadente
muerte de los arrayanes
o atendiendo a los murmullos
del agua en las alfaguaras.

La memoria es carne viva
propiedad de la ceniza,
al rescatar del olvido
de aquellos oscuros reinos,
el recuerdo detenido
donde eternamente jóvenes,
disfrutábamos las plumas
de las águilas reales.

LA TARDE

POR COMPETIR CON TU CABELLO

goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata o viola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

(LUIS DE GÓNGORA)

Apoyado en el báculo azul de la memoria recorreré la empinada cuesta por donde la indecisa luz derrama el aroma remansado de otro tiempo: tránsito de cenizas que surcan hasta mi frente las aves blancas de la infancia, en el borde del olvido, desde un lugar donde ya nadie nos recuerda.

A la puerta de esta casa espero tempestades y viejas furias, presintiendo que me enfrento a otras voces. Pero no estoy solo, me acompañan todos los nombres de los que conmigo caminaron, sus viejas cicatrices y el himno de sus sombras.

Esta es mi casa: entra, no te inquietes. El murmullo de mi historia no es triste, lo acompaña el sol de algunas estaciones y aquí oirás al agua dialogar con la piedra, el rumor del caudal en donde un día bebieron las garzas bajo un antiguo granado, el susurro de la tarde extinguiéndose contra el horizonte y la voz quebrada de alguna canción sureña. Mi historia te hablará del lenguaje con el que un día se rebeló mi sangre.

Esta es mi morada: la casa de un hombre, de candor inagotable, que aún espera el prodigio de los primeros soles.

GUADALQUIVIR

A CÓRDOBA

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles ya que no doradas!

(LUIS DE GÓNGORA)

«Al despedirse de la Andalucía
sintió el sabor salado de la muerte...
Guadalquivir mi corazón se llama»

(ANTONIO GALA)

Abrí mis brazos y se convirtieron en calles de agua por donde transita la sangre de geniles y guadairas. Mi corazón se hizo más ancho mientras atravesaba pinedas, olivares y campiñas, perforando el pecho de Andújar, Sevilla y Córdoba con la profundidad del cante de las minas.

Volví la vista de siglos y contemplé al instante cómo mi fecundidad fue patria de reyes tartesios y de legiones romanas.

—Yo soy el agua del islam y la fe del bautismo —musité con la calma de quien se abandona, por amor, a su destino.

Con el sabor de las marismas adiviné la fértil voz de los hijos de la Andalucía y al fin, presintiendo la eternidad, me adentré en las aguas de un mar que me abrazaba.

Volví la vista, por última vez, antes de entregarme a la letanía de las olas, mientras el océano preguntaba por mi nombre: *Guadalquivir mi corazón se llama*.